

Esperaban, sin embargo, otras noticias más recientes de la muerte y hasta de los funerales de Scipión; pero no llegaban, y aquel vago rumor iba desvaneciéndose: entonces se preguntaron quiénes eran los autores, y cada cual negó serlo, prefiriendo pasar por demasiado crédulo en aquel asunto, á haber sido autor de la mentira. Los abandonados jefes contemplaban sus insignias, y ante aquellos símbolos de una autoridad imaginaria veían con espanto la verdadera, la legítima autoridad, dispuesta á descargar su cólera sobre ellos. En medio del estupor de los sublevados, supose por conducto seguro que Scipión no había muerto, y que muy pronto se encontraría restablecido; después llegaron siete tribunos militares, enviados por el mismo Scipión. Su presencia exasperó los ánimos; pero muy pronto el lenguaje conciliador que empleaban con los primeros á quienes hablaron y de quienes eran conocidos, calmó la efervescencia. Recorriendo primeramente las tiendas de los soldados, después el tribunal y el pretorio, cuando veían grupos de soldados hablando, dirigíanse á ellos, les preguntaban la causa de su irritación y de su descontento tan repentino, y no les reprendían. Decíanles generalmente que «la paga no llegaba jamás con puntualidad, á pesar de que, cuando estalló la revuelta de Ilturgis, después de la muerte de dos generales y de la destrucción de dos ejércitos, su valor había levantado el nombre romano y conservado la provincia. Ilturgis había sido castigada; pero nadie pensaba en recompensarles por sus servicios.» A esto contestaban «que sus quejas y peticiones eran justas; que ellos mismos las transmitirían al General. Alegrábanse de que el mal no fuese mayor é incurable. Con el auxilio de los dioses, Scipión y la República sabrían pagar aquella deuda de

gratitud. Acostumbrado Scipión á los peligros de la guerra, pero poco experto en achaques de sedición, estaba preocupado por el temor de que su ejército pasase los límites de la insubordinación, ó él mismo los de la severidad. Por el momento, consecuente con su primera moderación, envió perceptores á las ciudades tributarias de las inmediaciones, é hizo esperar pronta paga. En seguida mandó por un edicto á las tropas que marchasen á cobrar su sueldo en Cartagena, en destacamentos ó en masa, como quisieran. La sublevación, que ya languidecía, quedó extinguida por la repentina inacción de los españoles sublevados. Mandonio é Indibilis habían regresado á su país, abandonando sus proyectos á la noticia del restablecimiento de Scipión. Los sediciosos no contaban ya con ciudadano ni extranjero que quisiera asociarse á su loca empresa, y después de maduras reflexiones no vieron más que un solo recurso, aunque incierto al salir de una sedición: el de entregarse, ó á la justa cólera de su general, ó á la clemencia, de la que no debían desesperar. Había perdonado á muchos enemigos que habían combatido contra él: la sublevación no había derramado sangre ni cometido homicidios; no había sido cruel, y por tanto no merecía cruel castigo. El ingenio humano es muy fecundo en argumentos cuando trata de justificarse á sí mismo. Pero ignoraban si marcharían por cohortes ó en masa á cobrar la paga, decidiéndose al fin por esto último, que parecía lo más seguro.

Cuando se agitaban estas cuestiones en el campamento, celebrábase un consejo en Cartagena, discutiéndose si se castigaría solamente á los autores de la sedición, que no eran más de treinta y cinco, ó si se cortaría mayor número de cabezas para expiar aquella defec-

ción, que no había llegado á sedición, pero cuyo ejemplo era pernicioso. La opinión más suave triunfó; limitábase el castigo á los autores del delito, y para el resto del ejército bastaría una reprensión. Cuando se disolvió el consejo, anuncióse, como si hubiese sido éste el objeto de las deliberaciones, una expedición contra Mandonio é Indibilis á las tropas que se encontraban entonces en Cartagena, y se las mandó preparar víveres para muchos días. Los siete tribunos que fueron enviados anteriormente á calmar la revuelta del campamento de Sucrona recibieron orden de salir al encuentro del ejército, dándose á cada uno los nombres de cinco jefes de la sublevación, ordenándoseles que les hiciesen ofrecer hospitalidad de un modo amistoso y benévolo por personas seguras, embriagarles y cargarles de cadenas. Acercábanse ya los sublevados á Cartagena, cuando supieron, por los que habían salido á su encuentro, que todo el ejército, á las órdenes de M. Silano, marchaba al día siguiente contra los lacetanos. Esta noticia disipó el temor que dominaba secretamente los ánimos, y hasta les produjo profunda alegría: el General sólo estaría á merced suya antes que ellos en su poder. Al ponerse el sol entraron en la ciudad, y vieron al otro ejército completamente entregado á sus preparativos de marcha. Recibieronles con palabras convenidas de antemano: «El General se alegraba mucho de verles llegar con tanta oportunidad, cuando iba á marchar con el otro ejército.» Repararon las fuerzas, y los tribunos hicieron que hombres seguros, sin el menor ruido, se llevasen los jefes de la sublevación, se apoderaron de ellos, y los encadenaron. Á la cuarta vigilia, los bagajes de las tropas que simulaban la marcha se pusieron en movimiento. Al amanecer levantaron las enseñas; pero

el ejército fué detenido en la puerta, y se colocaron centinelas en todas las salidas de la ciudad para impedir evasiones. En seguida convocaron á los soldados llegados la víspera, que marcharon al Foro con aspecto amenazador, presentándose ante el tribunal de Scipión, esperando intimidarle con sus gritos. Mientras el General subía á su asiento, el ejército volvía de la puerta y envolvía por detrás á los rebeldes desarmados. Entonces perdieron su arrogancia, y, como después dijeron, lo que más les intimidó fué el vigor, aquel rostro de Scipión, que creían encontrar desfallecido; aquella mirada más firme que la vieron jamás en los campos de batalla. Scipión permaneció por algún tiempo sentado y en silencio, esperando que le anunciaran que se encontraban en el Foro los autores de la sedición y que todo estaba dispuesto.

En seguida mandó que el pregonero impusiese silencio, y comenzó así:

«Jamás hubiese creído que llegara un día en que me faltasen palabras para dirigirme á mi ejército, y no porque haya ejercitado más la palabra que las obras; pero educado casi desde la infancia en medio de los campamentos, estoy acostumbrado á las maneras del soldado. Sin embargo, para hablaros, me faltan á la vez las palabras y las ideas; ni siquiera sé cómo llamaros. ¿Ciudadanos? Habéis repudiado vuestra patria. ¿Soldados? Habéis rechazado el mando y los auspicios, habéis roto los sagrados lazos del juramento. ¿Enemigos? La persona, los rostros, los trajes, la apostura, todo me anuncia romanos; las acciones, los discursos, los proyectos, los sentimientos son de enemigos. ¿Habéis formado algún voto, concebido alguna esperanza, que no hayan compartido con vosotros los ilergetas y

laetanos? Ellos, al menos, en su revuelta tomaron por jefes á Maudonio é Indibilis, varones de sangre real. Pero vosotros á un Atrio Umbro y á un Albio Caleno entregasteis los auspicios y el mando. Decidme que no sois todos culpables, que no habéis querido todos esta infamia, soldados; que esta locura, que este delirio solamente á pocos de vosotros han cegado; dispuesto estoy completamente á creerlos. Porque el atentado que se ha cometido, si hubiese manchado todo el ejército, solamente con inmensas expiaciones podría lavarse. Toco estas llagas á pesar mío; pero imposible es curarlas sin poner la mano en ellas, sin sondearlas. Cierto es que después de haber sido expulsados de España los cartagineses, no pensaba que hubiese en toda la provincia lugar alguno ni hombre alguno que odiase mi vida; mi conducta había sido leal con los aliados y con los enemigos. Y he aquí que en mi campamento (¡cuánto me engañaba la confianza!) se recibe con regocijo la noticia de mi muerte; ¿qué digo? se espera con impaciencia. No quiero extender á todos este crimen, no; porque si creyese que todo mi ejército había deseado mi muerte, aquí mismo, en el acto, me la daría ante vuestros ojos. ¿Para qué había de querer una vida que pesase á mis conciudadanos y á mis soldados? Pero toda multitud se parece al mar; naturalmente inmóvil, el soplo del viento lo levanta: de la misma manera lleváis en vosotros la calma ó la tempestad. Para producir y encender esos transportes han sido necesarios motores, y solamente por contagio se ha apoderado de vosotros esa demencia. Creo que hoy mismo no comprendéis el exceso de vuestra locura, de vuestros sacrílegos atentados contra mí, contra la patria, contra vuestros parientes y vuestros hijos, contra los dioses testigos de

vuestro juramento, contra los auspicios bajo los cuales combatís, contra las costumbres militares y la disciplina de vuestros abuelos, contra la majestad del mando supremo. No hablo de mí; prefiero suponer que vuestra credulidad ha sido más irreflexiva que culpable: no me admira haber merecido que mis soldados estén cansados de tenerme por general. ¿Pero qué os había hecho la patria para que, asociándoos al proyecto de Maudonio é Indibilis, no os avergonzase hacerla traición? ¿Qué os había hecho el pueblo romano cuando arrancabais el poder á los tribunos elegidos por sus votos para entregarlos á simples particulares; cuando no contentos con tener á tales hombres por tribunos, habéis profanado los haces de vuestro General, dándolos, vosotros, soldados romanos, á miserables que jamás han tenido un esclavo bajo su dependencia? ¡Y el pretorio ha servido de tienda á un Albio, á un Atrio! ¡La bocina ha sonado delante de ellos! ¡Se les ha pedido la consigna! ¡Se han sentado en el tribunal de P. Scipión! ¡El licitor ha marchado delante de ellos, ha separado á la multitud para abrirles paso! ¡Los haces y las hachas les han precedido! ¡Que caiga del cielo lluvia de piedras, que caiga el rayo, que nazcan animales monstruosos! ¿Creeréis en el prodigio? También aquí hay un prodigio que ni víctimas ni rogativas pueden expiar; se necesita la sangre de los que se han hecho reos de tanta maldad.

• Bien sé que jamás se raciocina el crimen; pero quisiera saber qué intención, qué proyectos teniais en vuestra impia tentativa. En otro tiempo, una legión enviada de guarnición á Reggio se apoderó por traición de aquella importante ciudad, degolló á los habitantes más notables, y la conservó durante diez años. Por este atentado, la legión entera, es decir, cuatro mil

hombres, fueron decapitados en Roma, en medio del Foro. Y, sin embargo, no tomaron por general á un Atrio Umbro, casi criado del ejército, cuyo nombre solamente es de mal agüero: su jefe era Decio Jubelio, tribuno militar. No se les vió unirse á Pirro, ni á los samnitas, ni á los lucanos, enemigos del nombre romano. Pero vosotros habéis concertado vuestros planes con Mandonio é Indibilis y debíais unir vuestras armas con las suyas. Querían aquéllos, como los campanios á Capua, cuando la arrebataron á los etruscos sus antiguos habitantes, como los mamertinos á Mesina, en Sicilia, hacer de Reggio su morada definitiva; y ni el pueblo romano ni sus aliados hubiesen tenido que temer guerra de su parte. Pero vosotros ¿ibais á fijaros en Sucrona? Si al terminar mi mando, yo, vuestro general, abandonando la provincia, os dejaba en ella, se os hubiese oído implorar la protección de los dioses y de los hombres contra una orden que os impediría volver á ver á vuestras esposas y á vuestros hijos. Pero deseo suponer que su memoria, como la de la patria, como la mía, no se ha extinguido en vosotros. Prosigamos, pues; busquemos el objeto de ese impío designio, porque no supongo que traspase los límites de la locura. Estando yo vivo, cuando conservo todo el resto del ejército á cuyo frente he tomado en un día á Cartagena, batido y derrotado cuatro generales, cuatro ejércitos cartagineses; cuando les he arrojado de España, ¿vosotros, un cuerpo de ocho mil hombres, de los que ninguno vale tanto como ese Albio y ese Atrio á quienes os habéis sometido, habríais arrebatado la España al pueblo romano? No hablo de mí, prescindiendo de mi nombre; facilísimamente habéis creído mi muerte; admito que ésta sea la única ofensa que me habéis

hecho ¡Cómo! ¿muriendo yo, creíais que moría la república, que conmigo sucumbía el poder del pueblo romano? ¡Ah! ¡Júpiter óptimo máximo no hubiese permitido que la duración de una ciudad fundada bajo sus auspicios y por mandato de los dioses para que fuese eterna, dependiese de este cuerpo frágil y mortal! Flaminio, Paulo Emilio, Gracco, Postumio Albino, M. Marcelo, T. Quincio Crispino, Cn. Fulvio, los Escipiones, mi padre y mi tío, generales ilustres todos, han muerto en esta sola guerra, y el pueblo romano les ha sobrevivido y sobrevivirá á otros mil, aunque otros mil cayeran bajo el hierro ó la enfermedad. ¿Y mi tumba habría sido la de la república romana? Pero vosotros mismos, en esta España en que nos encontramos, después de la muerte de mi padre y de mi tío, vuestros dos generales, ¿no elegisteis á Septimo Marcio para que se pusiera á vuestra cabeza contra los cartagineses, que se encontraban aún en la embriaguez de su reciente victoria? Y hablo como si la España hubiese de haber quedado sin generales. Pero ¿acaso M. Silano no tiene los mismos derechos y la misma autoridad que yo en la provincia? Mi hermano L. Scipión y C. Lelio ¿no son mis legados? ¿Hubiesen dejado de castigar el ultraje hecho á la majestad del mando? ¿Podrían compararse los ejércitos, los jefes, la dignidad de las personas y la santidad de las causas? Y aunque tuvieseis de vuestra parte todas las ventajas ¿acaso ibais á volver vuestras armas con los cartagineses contra vuestra patria, contra vuestros conciudadanos? ¿Acaso querriais asegurar la preponderancia al Africa sobre Italia, á Cartago sobre Roma? ¿Qué os ha hecho vuestra patria?

• En otro tiempo, Coriolano, bajo el peso de una sen-

tencia injusta, en los intolerables trabajos del destierro, encontró motivo para ir á sitiar á su patria; y, sin embargo, la piedad del hijo reprimió el parricidio del ciudadano. ¿Pero en vosotros qué causa tienen el resentimiento, la cólera que os dominaban? El pago de vuestro sueldo retrasado algunos días por la enfermedad de vuestro general, ¿era razón suficiente para declarar la guerra á la patria? ¿para abrazar la causa de los ilergetas contra Roma? ¿para violar todas las leyes divinas y humanas? Locura vuestra era, soldados, y mi cuerpo ha estado menos enfermo que vuestro ánimo. No puedo recordar sin horror vuestra ciega credulidad, vuestras esperanzas, vuestros deseos. ¡Perezca el recuerdo de todo lo pasado si posible es! Si no, que eterno silencio lo cubra. Confieso que mi lenguaje ha debido pareceros severo y terrible; pero ¡cuánto más terribles han sido vuestros actos que mis palabras! ¿Creéis que debía soportar pacientemente vuestra conducta, cuando vosotros mismos no podríais oír hablar de ella con tranquilidad? Pero ya no os reconvenré más. ¡Ojalá lo olvidéis todo tan fácilmente como yo! Por vuestra parte, si experimentáis algún arrepentimiento por vuestro extravío, os considero bastante castigados. Pero Albio Caleno, Atrio Umbro y los demás jefes de esta deplorable sedición pagarán su crimen con la vida. El espectáculo de su suplicio, lejos de afligiros, debe agradaros, si habéis recobrado la razón; porque para vosotros, más que para nadie, eran funestos y crueles sus proyectos.\* Apenas terminó de hablar, cuando, en conformidad con las disposiciones tomadas de antemano, presentaron á la vez á los rebeldes todo lo que podía espantar sus ojos y oídos. Los soldados que formaban un círculo alrededor de la

asamblea, golpearon los escudos con las espadas, y el pregonero pronunció en voz alta los nombres de aquellos á quienes había condenado el Consejo. Lleváronles desnudos al recinto y se desplegó todo el aparato del suplicio. En seguida se les ató al poste, se les azotó con las varas y se les cortó la cabeza. Tan sobrecogidos de terror estaban los espectadores, que no se alzó ni un murmullo contra la severidad del castigo, ni una queja se dejó oír. Lleváronse en seguida los cadáveres, purificaron el sitio, y cada soldado, llamado individualmente, prestó juramento ante los tribunos militares en nombre de Scipión y recibió á su vez el sueldo que se le debía. Así terminó la sedición que estalló en el campamento de Sucrona.

Por este mismo tiempo, Hannón, prefecto de Magón, enviado desde Cádiz á las orillas del Betis con corto número de africanos, sedujo á los españoles con el cebo del oro y consiguió armar cerca de cuatro mil hombres. Arrojado en seguida de su campamento por L. Marcio, perdió la mayor parte de sus soldados en medio del desorden de aquella sorpresa, ó cuando huían delante de la caballería que iba en su persecución, escapando él mismo con muy pocos hombres. Mientras ocurrían estos acontecimientos en las orillas del Betis, Lelio salió del estrecho, entró en el Océano y se acercó á Carteya con la flota. Esta ciudad está situada en la costa, á la salida del estrecho, en el mismo punto donde empieza á ensancharse el mar. Esperaba poder apoderarse de Cádiz sin combate y por traición, según las promesas que le habían hecho, como antes se dijo, los gaditanos que fueron voluntariamente al campamento romano. La conspiración quedó descubierta antes de llegar á madurez; Magón mandó prender á

todos los culpables y encargó al pretor Adherbal que les llevase á Cartago. Adherbal embarcó á los conjurados en una quinquerreme que hizo salir delante, porque su marcha era más lenta que la de las trirremes, siguiéndola con ocho de éstas. La quinquerreme estaba ya en el estrecho cuando se presentó Lelio montando una nave igual, y habiendo salido de Carteya seguido de siete trirremes: lanzóse contra Adherbal y sus trirremes, sabiendo que la quinquerreme enemiga, arrastrada por la corriente del estrecho, no podía retroceder. Sorprendido y vacilante el cartaginés, dudó un momento si seguiría á la quinquerreme ó si marcharía al enemigo. Esta vacilación le impidió evitar el combate, porque ya estaban á tiro de venablo y los romanos le estrechaban por todas partes: la agitación de las olas contrariaba la maniobra. Nada se pareció menos á un combate naval, no entrando en juego la voluntad, el ingenio ni la habilidad. El estado ordinario del estrecho y la agitación de las olas dirigieron solamente el combate; romanas ó cartaginesas, las naves, á pesar de los esfuerzos de los remeros para alejarse, chocaban unas con otras, viéndose á la que huía, arrastrada por un torbellino en sentido contrario, caer sobre los vencedores, y la que perseguía, separarse de pronto y como huir á su vez en cuanto encontraba una corriente opuesta. En el combate lanzábase una nave para clavar el espolón en otra enemiga y recibía en el costado el choque de otra proa; la que enseñaba el costado al enemigo, viraba de pronto y se presentaba de proa. En medio de esta lucha entre las trirremes, cuyo resultado hacía dudosa la fortuna, la quinquerreme romana, que debía á su peso mayor firmeza y al considerable número de sus remos, que

rompían la violencia de la corriente, maniobra más fácil, echó á pique dos trirremes, acometió á otra y le rompió los remos, y habría destruído cuantas hubiese alcanzado, de no hacer Adherbal fuerza de vela hacia el África con las cinco que le quedaban.

Vencedor Lelio, regresó á Carteya, y al saber lo que había ocurrido en Cádiz, el descubrimiento de la conjuración y el envío de los conspiradores á Cartago comprendió que ya no tenía objeto la esperanza que le había llevado, y mandó decir á L. Marcio que para evitar inútil pérdida de tiempo bajo las murallas de Cádiz, deberían reunirse con el General. Habiendo adoptado el consejo Marcio, á los pocos días regresaron á Cartagena. Su partida dió primeramente descanso á Magón, después del doble temor que había tenido por tierra y mar; en seguida, á la noticia de la sublevación de los ilergetas, concibió la esperanza de reconquistar la España, y envió mensajeros al Senado de Cartago para que refiriesen, exagerándola, la sedición civil en los campamentos romanos, la defeción de los aliados de Roma, y para que apresurasen el envío de socorros que le pusiese en estado de volver á apoderarse de la España que les habían legado sus padres. Mandonio é Indibilis, de regreso en sus estados, esperaron algún tiempo para saber qué partido tomaban con los sublevados, y permanecieron indecisos y quietos. Si perdonaban á los ciudadanos su extravío, no desesperarían ellos tampoco de conseguir su perdón, pero al tener noticia del riguroso suplicio impuesto á los culpables, creyeron que su falta sería castigada con igual severidad. Llamaron, pues, por segunda vez á las armas á sus compatriotas, reunieron todos los auxiliares que tuvieron anteriormente y pa-

saron con veinte mil infantes y dos mil quinientos caballos al territorio de los sedetanos, donde habían establecido sus cuarteles desde el principio de la revuelta.

La igualdad con que Scipión hizo pagar á sus soldados, culpables ó no, el sueldo que se les debía, la benevolencia de su acogida y de sus palabras para todos, le reconquistaron sin trabajo el afecto del ejército. Antes de salir de Cartagena reunió sus tropas, y en un discurso en que habló de la perfidia de los príncipes rebeldes, les dijo: «que al ponerse en marcha para castigar aquella defección, le animaban sentimientos muy distintos de los que tenía al poner remedio al extravío de sus conciudadanos. En esta circunstancia había tenido, por decirlo así, que desgarrar sus propias entrañas; gimiendo, y con lágrimas en los ojos, había designado treinta y cinco cabezas para expiar la imprudencia ó el crimen de ocho mil hombres. Ahora, con regocijo en el corazón y altivo ánimo, iba á derramar la sangre de los ilergetas. Hijos de otra patria, jamás les había unido alianza alguna con los romanos: los únicos lazos que habían mediado entre ellos, los del juramento y amistad, ellos mismos los habían roto con su crimen. En cuanto á su ejército, no solamente no veía en él más que conciudadanos, aliados y latinos, sino que, cosa que le conmovía más, no veía un solo soldado que no lo hubiese traído de Italia su tío Cn. Scipión, el primer romano que abordó á España, su padre ó él mismo. Todos, por consiguiente, estaban acostumbrados al nombre y al mando de los Scipiones, por cuya razón quería llevarles á todos á Roma con él para que participasen de un triunfo muy merecido: por esto esperaba que apoyarían su candidatura al

consulado, como si se tratase del honor de todo el ejército. En cuanto á la expedición que iban á hacer, sería olvidar sus anteriores hazañas considerarla como una guerra. Magón, que en cierta manera había abandonado la tierra y retirádose con algunas naves á una isla en medio del Océano, seguramente le inspiraba más inquietud que los ilergetas. Aquél, al menos, era un general cartaginés, y cartaginesas sus tropas, por reducidas que fuesen; estos otros no eran más que bandidos y jefes de bandidos que, para talar los campos de sus vecinos, quemar sus cosechas, arrebatar sus ganados, tenían quizá algún valor, pero no podían resistir en un campo de batalla, en un combate regular; y más contarían con la rapidez de su fuga que con la fuerza de sus armas. Así que, no por temer algún ataque por parte de ellos, ni porque viese en su sublevación el germen de guerra más grave, quería antes de dejar la provincia aplastar á los ilergetas, sino porque importaba primeramente no dejar impune una defección tan culpable, además de que era necesario no pudiera decirse que en una provincia sometida con tanto valor y fortuna quedase aún ni un solo enemigo. Seguros del apoyo de los dioses, debían seguirle, no para hacer una guerra (no se trataba de un enemigo digno de ellos), sino para castigar á un pueblo perjuro.»

Después de esta oración, les despidió mandándoles prepararse para marchar al día siguiente. Partió en efecto, y en diez días llegó á las orillas del Ebro; pasó el río, y cuatro días después acampó en presencia del enemigo. Delante de él se extendía una llanura rodeada de montañas: mandó colocar en aquel valle los rebaños, arrebatados en su mayor parte en territorio enemigo, esperando excitar la salvaje avidez de los

bárbaros, y en seguida hizo avanzar á los vélites para defenderlos. En cuanto sus escaramuzas comprometiesen el combate, Lelio debía atacar con la caballería que tenía emboscada. Una montaña que, por fortuna, penetraba en la llanura, ocultaba el lazo: el combate comenzó muy pronto. Los españoles, viendo desde lejos los rebaños, se lanzaron sobre ellos, y los vélites cayeron sobre los españoles encarnizados en su presa. Rechazáronles primero con los venablos, y cuando hubieron agotado aquellas armas ligeras, más á propósito para irritar la acción que para decidirla, empuñaron las espadas y trabaron lucha cuerpo á cuerpo. Todavía era dudoso el resultado del combate, cuando sobrevino la caballería, atacando no solamente de frente, aplastando cuanto encontraba, sino que una parte de ella rodeó al enemigo por la falda de la montaña, para cortar la retirada al mayor número, y marchó á colocarse á su espalda. Por esta razón la matanza fué mucho más considerable de lo que ordinariamente lo es en las escaramuzas. Este descalabro, en vez de abatir el valor de los enemigos, encendió su ira, y no queriendo mostrar temor, avanzó en orden de batalla al día siguiente, en cuanto amaneció. No cabían todas sus fuerzas en aquel valle tan estrecho; como ya se dijo, colocáronse las dos terceras partes de su infantería y toda la caballería, y el resto de los infantes se situó en la falda de la colina. Calculó Scipión que las dificultades del terreno le serían ventajosas, porque el soldado romano era más apto que el español para combatir en paraje estrecho, y el ejército enemigo se había encerrado en espacio insuficiente para su número. Al mismo tiempo se ocupó de otro proyecto. Considerando que su caballería no podía maniobrar sobre las alas en espacio tan

angosto, y que la que el enemigo había hecho salir con su infantería le sería inútil, mandó á Lelio que rodease la colina con los jinetes, ocultando su marcha, y que durante el ataque separase todo lo posible la caballería de la infantería. Por su parte dirigió toda la infantería contra el enemigo; formó el frente de batalla con cuatro cohortes, no pudiendo darle mayor desarrollo, y, sin más tardanza, comenzó el ataque, queriendo de esta manera distraer la atención, mientras su caballería franqueaba la montaña. Así fué que el enemigo no se apercibió de que estaba rodeado hasta que oyó el galope de los caballos á su espalda. Hubo, por consiguiente, dos combates al mismo tiempo: las dos infanterías peleaban así como las dos caballerías, ocupando la longitud de la llanura, porque la naturaleza del terreno no permitía combate general de las dos armas. Como la infantería y la caballería españolas no podían socorrerse mutuamente, la infantería, que con tanta imprudencia se había comprometido en la llanura contando con el apoyo de la caballería, quedó destrozada; rodeada la caballería, no pudo resistir ni á la infantería romana, que, después de haber aplastado á los infantes españoles, la atacaba de frente, ni á la caballería, que cargaba por la espalda. Formóse en círculo, teniendo inmóviles los caballos, y se defendieron por mucho tiempo, pero fué destruído hasta el último hombre, no salvándose ni un infante, ni un jinete, de todos los que combatieron en el valle. En cuanto á la otra tercera parte, que había permanecido en la colina más bien para contemplar con seguridad el combate que para tomar parte en él, tuvo tiempo y comodidad para huir. Los príncipes españoles escaparon con aquellos restos antes de que quedase envuelto el



ejército entero, desapareciendo á favor del desorden general.

Aquel mismo día fué tomado el campamento de los españoles con todo el botín y cerca de tres mil hombres. Mil doscientos hombres, entre romanos y aliados, sucumbieron en la batalla, y resultaron más de tres mil heridos. Menos sangrienta hubiese sido la victoria, de haberse librado el combate en llanura más extensa y más favorable para la huída. Indibilis abandonó sus proyectos de guerra, persuadido de que era más seguro para él en su desgracia entregarse al honor y clemencia de Scipión, que ya había experimentado, por lo que le envió á su hermano Mandonio. Éste se arrojó á los pies del vencedor atribuyendo su falta á aquella fatalidad de la época, en la que, como bajo la influencia de pernicioso contagio, los ilergetas, los lacetanos y hasta los mismos romanos habían sido atacados de vértigo. Su hermano, lo mismo que él y todos sus compatriotas, no tenían otra alternativa que entregar á Scipión, si lo exigía, una vida que habían recibido de su bondad, ó dedicársela para siempre, si por segunda vez se dignaba conservársela imponiéndoles nueva deuda. En otro tiempo confiaban en la justicia de su causa, porque no habían experimentado la clemencia de Scipión. Hoy nada esperaban de su causa, y solamente contaban con la misericordia del vencedor. Era antigua costumbre de los romanos, cuando se trataba de un pueblo que no les estaba unido por convenios ni por alianza concluída de igual á igual, no considerarle realmente como sometido antes de que entregase todas sus cosas divinas y humanas, rehenes, armas, y recibido guarniciones en sus ciudades. Scipión se contentó con dirigir acerbas reconvenciones á Mandonio sobre

su partida y la de su hermano, aunque se encontraba ausente, y en seguida añadió que: «sus delitos merecían la muerte, pero que su clemencia y la del pueblo romano les concedían la vida. Por lo demás, no les desarmaría, precaución útil solamente cuando se temía la revuelta; les dejaba, pues, las armas y les libertaba de todo temor. Que si hacían traición á su fe, no castigaría á rehenes inocentes, sino á ellos mismos; no haría caer su venganza contra un enemigo desarmado, sino sobre el que tuviese las armas en la mano. Conocían ya la amistad y el odio de Roma, y les dejaba elegir entre estos dos sentimientos.» De esta manera fué despedido Mandonio, imponiéndole solamente una contribución para el sueldo del ejército. Scipión hizo en seguida partir á Marcio para la España ulterior, envió á Silano á Tarragona, y, después de haber esperado algunos días á que los ilergetas pagaran la contribución que les había impuesto, reunióse con sus tropas ligeras á Marcio en las costas del Océano.

Por diferentes motivos se habían aplazado las negociaciones entabladas anteriormente con Masinissa. El númida quería entenderse con el mismo Scipión y prestar juramento en sus manos; y esta fué la causa del largo viaje y gran rodeo que hizo entonces Scipión. Masinissa estaba en Cádiz cuando supo por Mario la llegada del General. Pretextando que sus caballos enfermaban encerrados en una isla, que consumían los víveres destinados al ejército, y que también sufrían ellos de la escasez, y, en fin, que su caballería se enervaba en la inacción, consiguió de Magón pasar al continente para talar las tierras de España más inmediatas. En cuanto desembarcó, envió tres jefes numidas para fijar la hora y sitio de la entrevista. Scipión

retuvo dos como rehenes, y encargó al tercero que fuese á buscar á Masinissa y le trajese á la cita. El General romano y el Rey númida llegaron con escasa comitiva. Hacía mucho tiempo que Masinissa admiraba á Scipión por la fama de sus hazañas. Habíaselo figurado con aspecto imponente y majestuoso; pero al verle, se sintió dominado por mayor veneración: el aspecto de dignidad que tenía naturalmente toda su persona, estaba realzado por larga cabellera, por una exterioridad sencilla y sin adornos, tal como convenía á un hombre y un guerrero. Scipión se encontraba en toda la fuerza de la edad; su semblante, más lleno y fresco después de la convalecencia, parecía florecer con nueva juventud. En el primer momento, el númida, como estupefacto, dió gracias á Scipión por haberle devuelto á su sobrino. En seguida dijo: «que desde aquel momento había buscado la ocasión, que la bondad de los dioses inmortales le había concedido al fin, y que no dejaría escapar. Deseaba prestarle, lo mismo que al pueblo romano, servicios más importantes que prestó jamás á la causa de Roma ningún príncipe extranjero. Este celo, que desde mucho tiempo le animaba, no había podido desplegarlo en aquel país, que le era desconocido; pero en África, donde había nacido, donde se había educado, donde estaba llamado á ocupar un día el trono de sus padres, le sería fácil dar pruebas. Si Roma enviaba allí á Scipión como general, tenía la seguridad de la ruina de Cartago.» Scipión le vió y escuchó con agrado; sabía que Masinissa era toda la fuerza de la caballería enemiga, y además veíase en el rostro de aquel joven rasgos de noble corazón. Recibió la palabra del númida y empeñó la suya, y en seguida emprendió el camino de Tarragna. Masinissa, para justificar su paso al

continente, taló, con el permiso de los romanos, las tierras inmediatas, y regresó á Cádiz.

Desesperando Magón de reconquistar la España como había esperado con ocasión de la revuelta del campamento y de la defección de Indibilis, se disponía á pasar al África; pero recibió orden del Senado de Cartago para pasar á Italia con la flota que tenía en Cádiz. Allí tomaría á sueldo en la Galia y Liguria cuantos jóvenes pudiese, y se reuniría con Anníbal; era necesario no dejar languidecer la guerra llevada desde el principio con tanto vigor y con más fortuna todavía. Con este objeto le remitieron dinero desde Cartago, y además, arrancó cuanto pudo á los gaditanos, vaciando su tesoro, saqueando sus templos y obligando á todos individualmente á entregar su oro y su plata. Costeando la España, desembarcó sus tropas cerca de Cartagena, taló los campos vecinos y en seguida fondeó bajo las murallas de la ciudad. Al principio contuvo á los soldados durante el día, pero los desembarcó por la noche y los llevó hacia la parte de las murallas por donde los romanos sorprendieron la plaza, esperando encontrar una guarnición muy débil, y contando con un movimiento de algunos habitantes, seducidos por la esperanza de un cambio. Pero habían acudido del campo mensajeros atemorizados y habían anunciado la devastación de las tierras, la fuga de los labradores y la llegada del enemigo. Durante el día habían visto también la flota cartaginesa, que no sin intención se había situado delante de la ciudad. La guarnición estaba preparada detrás de la puerta que daba á la laguna y al mar. Cuando el enemigo en desorden, soldados y maríneros mezclados, se acercaron á las murallas con más ruido que fuerza real, abrieron de pronto la puerta,